La Pública Digital

NOVIEMBRE 2025
CASTELLANO

MEMORIA

sentit comú

Indice

Memoria democrática: de las víctimas a las resistentes 4
Ramon Arnabat Mata

La esperanza feminista antes y después del franquismo 7
Mar Trallero Cordero

Memoria, cultura y democracia: una misma tarea colectiva 10
Ernest Urtasun

De la memoria histórica a las memorias democráticas:
el caso de Barcelona como punto de inflexión 13
Jordi Rabassa Massons

Educación en el ámbito de la memoria histórica democrática 16
Joan Mena

"Para mí, estar en la cárcel fue como una escuela de vida" 19
Elia Gran

La huella del PSUC, el partido del antifranquismo y la democrácia 22
Joan Busquet

Cuando la juventud hizo caer el miedo 26
Marc Calvo

Migraciones y luchas vecinales en las montañas de Barcelona 29
Custodia Moreno y Beatriz Simón

El sindicalismo que mató a Franco 32
Marc Andreu

Crónicas de una infancia en exilio 36
Roser Faraudo Gargallo

Estatuas y monumentos, símbolos de una cultura viva 39
Mabel Llevat

Memoria Domocrática: de las víctimas a las Resistentes

Ramon Arnabat Mata,
profesor de historia contemporánea en la Universitat Rovira i Virgili.

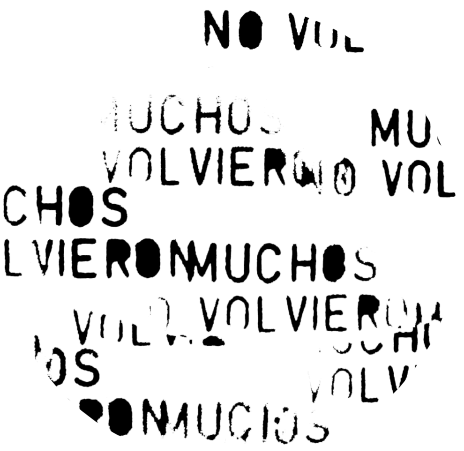
Muy a menudo, las políticas memorialistas se han centrado exclusivamente en las víctimas, convirtiendo muchos memoriales en simples victimarios. Está claro que en nuestro país es necesario reparar a las víctimas de la Guerra de España y de la represión franquista. Pero la reparación de las víctimas, que debería ser una parte de las políticas y proyectos de memoria democrática, ha acabado convirtiéndose en el todo.
Dejemos bien claro desde el principio que todas las víctimas de las guerras y las dictaduras merecen «verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición». Pero las víctimas no deberían monopolizar ni el discurso ni las prácticas memorialistas democráticas porque no todas las víctimas son iguales y porque **hay que rescatar también a los y las luchadoras por la democracia y a los y las resistentes a la dictadura, fueran o no víctimas.**

No todas las víctimas son iguales: hay víctimas «accidentales» a causa de la guerra y/o la represión, y hay víctimas «directas» de la represión, es decir, que se convierten en víctimas porque son objetivos específicos de la represión por su acción de resistencia o lucha. Al mismo tiempo, hay resistentes y luchadoras que lograron esquivar la represión o que la sufrieron de manera informal y cotidiana de tal forma que no dejó registros, y no por ello deben quedar fuera de la memoria democrática.
Es cierto que todas las víctimas de la Guerra de España merecen «verdad, justicia y reparación», pero **durante muchos años** —y en algunos lugares aún hoy—, **las políticas memorialistas sobre las víctimas se fundamentan en un discurso de equiparación de los bandos enfrentados, y eso ya no es aceptable.** Quizá el ejemplo más claro es el Memorial de les Camposines, que acoge de manera indiscriminada

restos óseos de combatientes de los dos ejércitos enfrentados —republicanos y franquistas—, independientemente de la voluntad de los familiares.

El discurso memorialista que acaba surgiendo es que «ambos bandos fueron culpables, ergo son equiparables». Pero **hay que explicar que los dos bandos enfrentados «no eran iguales», que uno dio un golpe de Estado contra el gobierno legítimo republicano y provocó la guerra, y que el otro se defendió; que uno defendía un régimen autoritario y el otro un régimen democrático.** A pesar del respeto hacia las víctimas, a nadie se le ocurre equiparar al ejército nazi alemán con las fuerzas aliadas, aunque ambos ejércitos cometieran atrocidades como los bombardeos masivos sobre las ciudades de sus respectivas retaguardias.

Veamos otro ejemplo: el de los bombardeos de la Aviación Legionaria italiana y de la Legión Cóndor alemana sobre las ciudades de la retaguardia republicana durante la Guerra de España. A menudo, las políticas de memoria se han centrado en las víctimas, incluso se las ha calificado de mártires. Las víctimas de los bombardeos fascistas merecen reconocimiento y reparación, pero no podemos quedarnos ahí. Una verdadera memoria democrática debe explicitar que no solo fueron víctimas, sino que también fueron resistentes; que no fueron



mártires, sino resistentes. Resistentes porque desplegaron todo un sistema defensivo —la defensa activa y la defensa pasiva— con los refugios antiaéreos como símbolo, que permitió salvar miles de vidas. Nos interesa conocer los nombres de las víctimas, pero también los de los resistentes.

El profesor de literatura de la Universidad de Bérgamo, Daniele Giglioli, reflexiona sobre el victimismo de las políticas de memoria, especialmente las impulsadas desde la Unión Europea: "¿Cómo podría la víctima ser culpable o responsable de algo? La víctima no ha hecho, le han hecho; no actúa, padece. No somos lo que hacemos, sino lo que hemos padecido, lo que podemos perder, lo que nos han quitado."

Lo que interesa para una memoria democrática transformadora, una memoria democrática que nos ayude a resarcirnos del pasado, pero que nos

sirva en el presente para fortalecer la democracia, **son las trayectorias de las personas que luchan, que resisten, porque esa es la opción que han elegido. No han elegido ser víctimas.** Lo son a pesar de sí mismas. Por eso es necesario recuperar y poner en valor sus trayectorias individuales y colectivas en favor de la libertad, la democracia, la igualdad y la fraternidad.

Especialmente grave en nuestro país es «el olvido» o «la invisibilidad» de los miles de personas que lucharon contra el franquismo desde el movimiento obrero, estudiantil, vecinal, profesional, democrático, feminista, ecologista, pacifista..., pero que no acabaron siendo víctimas. Hay que recuperar la memoria, los testimonios y la documentación de los luchadores y de las organizaciones antifranquistas: organizaciones obreras, estudiantiles, movimientos vecinales, movimientos por los derechos de los homosexuales, grupos pacifistas, ecologistas y feministas, grupos de vencidos: jóvenes, asambleas democráticas locales y comarcales...

La memoria democrática debe poner especial énfasis en reconocer y poner en valor a la ciudadanía que luchó contra la dictadura franquista, a menudo con anhelos transformadores y alternativos que iban más allá de conseguir un régimen político democrático. Porque de esta manera favorecemos la conciencia de que la democracia y las ventajas sociales y culturales de las que disfrutamos hoy son resultado de la lucha y del compromiso de quienes nos precedieron, que no son algo caído del cielo o resultado del «progreso automático y natural» de las sociedades, y que, por tanto, hay que defenderlas día a día.

El historiador italiano Enzo Traverso ha hecho una crítica más fundamentada y más radical a las políticas memorialistas exclusivamente centradas en las víctimas y ha planteado la necesidad de incorporar las memorias de los y las luchadoras y resistentes, y las memorias de los

El siglo XX no se compone exclusivamente de guerras, genocidio y totalitarismo. También fue el siglo de las revoluciones, la descolonización, la conquista de la democracia y de grandes luchas colectivas. Esta memoria ha sido deslegitimada hoy en día, después de haberla ocultado y enterrado. Creo que **para romper la jaula del «presentismo» —un mundo encerrado en el presente sin utopía ni capacidad de mirar hacia el futuro— hay que dar cabida a estas memorias.** El recuerdo de los movimientos colectivos adquiere una dimensión inconformista, quizá subversiva, en una época neoliberal dominada por el individualismo y la competencia.

La esperanza feminista antes y después del franquismo

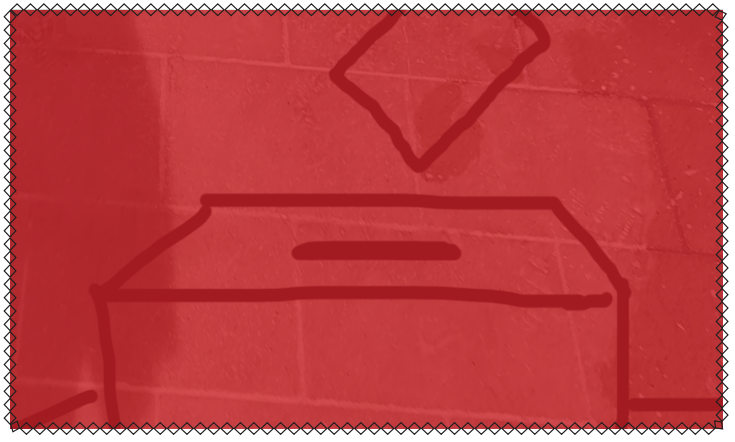
Mar Trallero Cordero, Amical de Ravensbrück y grupo de investigación GEXEL

Este texto señala los avances de los derechos de las mujeres durante la Segunda República, su brutal interrupción por la dictadura franquista y el proceso de reconstrucción feminista en la transición.

En 1936 las mujeres españolas estaban todavía lejos de alcanzar la igualdad social, pero tenían la esperanza. En 1939 la igualdad se había alejado todavía más, pero lo más desalentador era que la esperanza había desaparecido por completo. El derecho al voto en 1931, al divorcio en 1932, al aborto -en Cataluña- en 1937, eran conquistas que no sólo significaban la posibilidad real de ejercerlos, sino que alentaban a las mujeres, y a toda la ciudadanía sometida históricamente a la injusticia, a reivindicar otros derechos y a marcar el rumbo de progreso para el país.

Durante la Segunda República hubo una transformación en marcha que fue significativa especialmente para las mujeres. La incidencia intelectual en el ámbito político era importante y las mujeres adquirían relevancia en estos campos a pesar de la enorme brecha de la que se partía y del profundo arraigo del patriarcado en la cultura y la sociedad española. Ello puede observarse en una institución como el Lyceum Club y las trayectorias de las mujeres que lo conformaron. Fue una agrupación fundada en 1926, en Madrid, por y para mujeres, que perseguía la formación y ejercicio artístico y cultural de sus socias, a la vez que reivindicaba el pleno reconocimiento de las mujeres en el ámbito intelectual. Tener un espacio propio de formación y empoderamiento dio lugar a la incorporación de las mujeres a la esfera pública.

Otras organizaciones fueron igualmente fundamentales para el ejercicio de un feminismo que facilitara el desarrollo de las mujeres. En el ámbito del trabajo, el reconocimiento de derechos también supuso una mayor afiliación en agrupaciones que los reivindicaban. De esta forma nació Mujeres Libres, organización que perseguía la liberación de la mujer a través de la lucha obrera y en el seno de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) como sindicato.



Tanto el Lyceum Club como Mujeres Libres constituyen dos ejemplos —con un componente de clase muy distinto entre ellos— de organización y emancipación de las mujeres. Ambos espacios consiguieron ilusionar y ofrecieron esperanza porque lograron éxito en sus propósitos, tanto a nivel individual como colectivo.

Sin embargo, ese impulso transformador quedó truncado en 1939. Tras la derrota republicana y la imposición de un régimen dictatorial fueron anuladas todas las posibilidades de reivindicación de la mujer, de participación en la esfera pública y de autoorganización para la propia liberación.

Franco reprimió cualquier intento de lucha en favor de los derechos de las mujeres e impuso una institución siniestra como el Patronato de Protección de la Mujer para el sometimiento de aquellas que quisieran alejarse de los roles tradicionales de madre sumisa y esposa abnegada. La represión que llevó a cabo el Patronato supuso reemplazar aquella ilusión por el miedo y el terror.

La larga noche de la dictadura se tradujo en una transición donde el movimiento feminista empezaba de cero en muchos aspectos. Las mujeres referentes en las que identificarse habían sido aniquiladas, ya fuera mediante el asesinato, la cárcel o el exilio. Los ejemplos de lucha, y sobre todo aquellos que habían logrado sus objetivos, habían estado deliberadamente manipulados o silenciados, y la censura

operaba sobre todo aquello que pudiera dar una visión ligeramente sospechosa de apartarse del concepto nacionalcatólico de mujer. De nuevo las mujeres tuvieron que salir a las calles a reclamar el derecho al aborto —incluidas las catalanas—, al libre divorcio y a formas de poder conciliar la maternidad con el ejercicio profesional, como la petición de escuelas de primera infancia públicas.

La reivindicación de la igualdad jurídica, laboral y social fue acompañada por el interés de recuperar aquellas mujeres que las habían precedido, pero la urgencia del momento venía marcada por la celebración en 1975 del Año Internacional de la Mujer, decretado por Naciones Unidas y aprovechado como marco legítimo en el que insertar las reivindicaciones de las mujeres españolas.

Las disposiciones más urgentes eran las que concernían al derecho al propio cuerpo: había miles de mujeres en las cárceles por adulterio, por haber tenido una relación fuera del matrimonio, se impedía que las mujeres pudieran solicitar libremente el divorcio, y las mujeres que querían abortar arriesgaban sus vidas en prácticas clandestinas o tenían que recurrir a las redes de solidaridad feministas para poder trasladarse al sur de Francia, principalmente, y abortar allí.

Hasta iniciados los años ochenta, e incluso bien entrada la década, se mantuvieron algunas leyes que perpetuaban la discriminación de la mujer como, por ejemplo, la que condenaba el adulterio de la mujer, pero no el del varón, y que exoneraba del castigo al hombre que hubiera violado a una mujer si se casaba con ella.

Las primeras leyes de la República en 1931 ya habían suprimido el adulterio como delito y habían establecido la igualdad entre hombres y mujeres ante la comisión de un delito.

El retroceso que supuso la dictadura franquista fue brutal, pero **en 1975 había muchas mujeres que hacía años que se organizaban en la clandestinidad,** que miraban qué ocurría en Europa y en el mundo, **y que fueron capaces de reclamar de nuevo aquello que sus abuelas y madres habían conseguido.** Más tarde, con la recuperación de luchas y conquistas anteriores, se tejió una antología de trayectorias violetas que permitió continuar en la esperanza y albergar nuevos mundos posibles.

Memoria, cultura y democracia: una misma tarea colectiva

Ernest Urtasun,
ministro de Cultura

Hay momentos en la historia de un país en los que la cultura y la memoria se encuentran en un mismo gesto político. En España, estamos viviendo uno de esos momentos. Desde el Ministerio de Cultura estamos impulsando una política pública de memoria democrática que no mira al pasado como una nostalgia, sino como una exigencia de justicia, de conocimiento y de futuro.

Porque **la memoria democrática no es una arqueología del dolor: es una tarea viva, una apuesta por el conocimiento y por la libertad**. Es, en definitiva, una política que nos interpela como sociedad y que nos recuerda que una democracia sin memoria es una casa sin cimientos.

Reparar y reconocer: una deuda con nuestra historia

En 2024 publicamos por primera vez el inventario de bienes incautados durante la Guerra Civil y la dictadura franquista, cumpliendo una deuda pendiente con las víctimas. Ese trabajo ya se traduce en hechos: hemos iniciado las primeras devoluciones a familias legítimas, como la del alcalde republicano de Madrid Pedro Rico, y seguimos tramitando la restitución de decenas de bienes.

Cada devolución es más que una corrección administrativa. Es una forma de devolver la dignidad, de reconocer el valor de quienes defendieron la libertad y fueron despojados por ella. Es también una lección de historia para las nuevas generaciones: que el Estado democrático no olvida a quienes lo hicieron posible.

Y con ese mismo espíritu, avanzamos hacia el cierre de la Fundación Francisco Franco. Porque las fundaciones que ensalzan una dictadura no pueden seguir amparadas por un Estado que se reconoce en los valores del antifascismo y los derechos humanos.

Archivos vivos y memorias plurales

El pasado no se clausura: se estudia, se comprende, se transmite. Por eso, dentro del Plan de Derechos Culturales, hemos abierto una línea dedicada a construir memorias colectivas plurales en los Archivos Estatales, promoviendo investigación, formación y divulgación.

Entre estas iniciativas destaca la creación del Archivo Histórico de los Movimientos Sociales, un espacio destinado a reconocer el papel de los movimientos obreros, feministas, vecinales, ecologistas o estudiantiles en la construcción de nuestras libertades. Una memoria democrática sólo puede ser auténtica si incluye todas las voces, también las que fueron invisibilizadas.

Descolonizar los museos, democratizar la mirada

La memoria también se expresa en cómo contamos nuestras historias. En el Museo Nacional de Antropología y el Museo de América hemos culminado los informes de expertos que servirán para renovar su museografía. **Queremos avanzar hacia museos capaces de cuestionar los relatos hegemónicos y de mostrar las heridas del colonialismo.** Museos que no exhiban solo objetos, sino también preguntas, conciencia y diálogo.

El poder simbólico de la cultura: centenario del 27

La memoria democrática también se expresa a través del arte y la literatura. En este sentido, hemos declarado Bien de Interés Cultural (BIC) el edificio de la Residencia de Estudiantes, uno de los lugares más emblemáticos de la historia intelectual española. Este reconocimiento no solo preserva un patrimonio material, sino que simboliza una voluntad de reparación hacia quienes encarnaron la modernidad, la creatividad y el pensamiento libre: la Generación del 27.

Con motivo del Centenario del 27, hemos creado una Comisión Nacional que reunirá a instituciones públicas y fundaciones privadas, universidades, museos y ayuntamientos. Será un proyecto de Estado

al servicio de la cultura, un ejercicio de memoria viva que rinda homenaje a figuras como Lorca, Alberti o Cernuda, pero también a las mujeres del 27 —las Sinsombrero—, cuya contribución fue silenciada durante décadas.

Este "Camino al 27" ya ha comenzado con exposiciones, publicaciones y encuentros educativos. Y lo hacemos convencidos de que recordar al 27 no es volver al pasado, sino reivindicar la fuerza transformadora de la cultura frente a la oscuridad.

La memoria como vínculo internacional
La memoria democrática no termina en nuestras fronteras. En mi reciente viaje a Chile, tuve la oportunidad de visitar el Estadio Víctor Jara, el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos y el Museo Violeta Parra, así como de reunirme con asociaciones de exiliados españoles. En Chile, miles de compatriotas encontraron un hogar tras el golpe de Estado de 1939.

Allí firmamos un acuerdo con el Gobierno chileno para reforzar la cooperación cultural en materia de memoria, compartir archivos, impulsar investigaciones conjuntas e intercambiar experiencias entre museos. Es un paso más en la construcción de una diplomacia cultural que defiende el derecho de las nuevas generaciones a conocer la verdad. Porque la memoria democrática es también una tarea internacional: un lenguaje común entre los pueblos que han conocido la herida del autoritarismo.

Como recordaba Víctor Jara en su poema "Somos cinco mil", la memoria no pertenece sólo al pasado, sino también al futuro.

Memoria, democracia y futuro
La democracia no se defiende solo en las urnas o en los parlamentos. Se defiende también en los archivos, en los museos, en las aulas y en los escenarios. Cada acto de memoria es una forma de resistencia frente al olvido; cada gesto cultural, una reafirmación de lo que somos.

Por eso, **cuando hablamos de memoria democrática, hablamos también de esperanza. De la esperanza de que nunca más la cultura sea perseguida por pensar libremente. De que las nuevas generaciones conozcan la historia sin miedo, y la transformen con coraje.**

Sin memoria no hay democracia. Y sin cultura, no hay memoria que perdure. Pero cuando ambas se encuentran —**cuando la memoria se hace cultura y la cultura se hace memoria—, entonces un país aprende a mirarse al espejo sin miedo y a reconocerse en su verdad más profunda: la de haber luchado, siempre, por ser libre.**

De la memoria histórica a las memorias democráticas: el caso de Barcelona como punto de inflexión

Jordi Rabassa Massons,
historiador

A finales del cambio de siglo se activaron con fuerza los debates en torno a lo que entonces se denominó "memoria histórica", que se posicionó con éxito, pero que nació con muchas contradicciones. Veinticinco años después de ese momento y a los 50 años de la muerte del dictador, se trata de un concepto superado por otros más amplios e inclusivos, como "memoria democrática" o "memoria colectiva", entre otros. Aquellos debates, iniciados entonces, no han dejado de evolucionar hacia diversas direcciones, tanto en el espectro más progresista como también en aquellos más conservadores.

Entre aquellos debates, **el debate entre el "deber de memoria" y el "derecho a la memoria" contrapone un imperativo acrítico (deber), ejercido desde hace décadas por las administraciones públicas, con la reivindicación ciudadana de tener acceso a la construcción de la imagen del propio pasado** y, por tanto, a su revisión y reconstrucción.

Desde 2015, el Ayuntamiento de Barcelona marcó un punto de inflexión en la manera de entender la memoria a nivel institucional, basando sus políticas en el derecho colectivo a la memoria, convirtiéndola en un referente internacional y llevando a cabo una política pública entendida como una herramienta de reparación, justicia y pedagogía cívica, pero también de transformación social y en continua revisión crítica.

De ahí que la experiencia llevada a cabo durante 8 años en Barcelona pueda ser un buen ejemplo de lo que deberían ser las

políticas públicas de memoria democrática o colectiva, sin limitaciones temporales ni geográficas, dado que la memoria es un legado individual y colectivo que se transmite de generación en generación. Por eso fue importante reparar la memoria de la comunidad judía de la ciudad eliminando del nomenclátor el nombre de uno de los santos que había promovido los progromos del siglo XIII o reconocer la prisión que padecieron las gitanas y los gitanos barceloneses en el siglo XVIII, por poner dos ejemplos que rompen fronteras y límites temporales.

Este compromiso con la memoria se materializó con la recuperación de equipamientos emblemáticos, como la prisión Modelo, y su tratamiento como espacio de memoria abierto a la ciudadanía; una política firme de feminización y popularización del nomenclátor, una mirada crítica y decolonial sobre el arte público y una política activa de construcción comunitaria de las diversas imágenes del pasado de los barrios y de los colectivos tradicionalmente menospreciados. En este sentido, a menudo empleamos el plural para referirnos a las memorias diversas, con una clara voluntad de universalización y de oposición a las políticas que tienen que ver con el "deber".

Más allá de los actos oficiales y de la memoria institucional, **uno de los objetivos de toda política pública de memoria debería ser su popularización y el reconocimiento del espacio público como el lugar que conserva las memorias,** y por eso el Ayuntamiento de Barcelona desarrolló una política de instalación de decenas de atriles en la vía pública con un doble objetivo de reparación y con finalidad pedagógica, haciendo de la cartografía de la ciudad el mejor lugar donde explicar la historia de los movimientos sociales y los movimientos por la democracia.

El listado de acciones y políticas desarrolladas en estos ocho años es ingente, y abarca desde las celebraciones de los 80 años del inicio de la Guerra Civil hasta el último atril redactado comunitariamente con las entidades de Nou Barris y dedicado al maquis Facerias; o la creación de la Comisión de Valoración del Tardofranquismo, la retirada de la estatua de Antonio López y del escudo de Juan Carlos I en el Cinc d'Oros, el mural de las personas fusiladas en el Camp de la Bóta, la instalación de stolperstein acompañadas de un proyecto educativo para jóvenes, así como la sustitución de calles dedicadas a militares por activistas vecinales o nombres populares, como el mismo Cinc d'Oros que hemos citado en este texto, entre otros. Como decíamos, el Ayuntamiento de

Barcelona gobernado por Barcelona en Comú ha sido un auténtico referente y ha marcado un punto de inflexión en las políticas públicas de memoria. Su modelo, basado en el derecho a la memoria, ha situado en el centro la pluralidad y diversidad de memorias, el reconocimiento de las luchas que han construido la Barcelona democrática y una mirada transfronteriza y sin limitaciones temporales del pasado. Este enfoque se ha concretado en la coproducción con los barrios, la popularización del nomenclátor, la revisión crítica del esclavismo y del colonialismo, y la profundización en el conocimiento del tardofranquismo y en el reconocimiento de las personas represaliadas.

A todo esto debe añadirse iniciativas destacadas como la querella contra Carlos Reig, el abogado que firmó la sentencia de muerte de Salvador Puig Antich, o el proyecto de preservación de las memorias de la pandemia de la Covid-19, que han contribuido a una política de memoria también comprometida con el presente. **Las políticas de memoria no pueden limitarse a un conjunto de gestos simbólicos, sino que deben ser una manera de repensar nuestra sociedad desde el pasado, asumiendo que no podemos avanzar sin revisar y reformular críticamente lo que nos ha precedido.** La mirada Barcelona —plural, comunitaria, transfronteriza y atenta a las ausencias— ha hecho visible que la memoria colectiva no se impone ni se administra desde un imperativo abstracto, sino que se coproduce con las personas que habitan la ciudad, sus genealogías diversas y la transmisión de cómo han recibido su pasado.

En un momento en que los discursos de odio y la deshumanización de colectivos enteros generan memorias autoritarias y excluyentes, la manera de entender la memoria que exponemos en este breve artículo se convierte en una aportación imprescindible. No se trata solo de recordar, sino de **construir un espacio simbólico y un espacio público compartido, capaz de reconocer los conflictos, dignificar a las víctimas e incorporar las historias olvidadas que también forman parte de lo que somos.** El futuro de las políticas de memoria dependerá, en última instancia, de la capacidad de seguir abriendo este camino: el de las memorias democráticas, múltiples y diversas.

La educación: un ámbito en el que nos ha costado no perder la memoria

Joan Mena

España tiene una deuda histórica con la inclusión de la memoria histórica en el currículo educativo, que se intentó corregir con la ley orgánica del año 2020 (LOMLOE). Sin embargo, la falta de voluntad del PSOE y el boicot activo contra las políticas de memoria por parte de la derecha del PP y sus socios de ultraderecha han provocado que este avance quede en papel mojado y no haya llegado todavía de forma clara a las aulas.

Tuvieron que pasar cuarenta y cinco años desde la muerte del dictador en la cama (1975) para que el Congreso de los Diputados aprobara una Ley Orgánica de Educación que contemplara la memoria histórica como elemento fundamental del currículo educativo (2020). La batalla por incorporar elementos de memoria en el currículo ha sido una pieza clave de las entidades memorialistas, que lograron que, arrastrando los pies el PSOE, se incorporara este aspecto en la llamada Ley Celaá. Era indigno, intolerable y una vergüenza histórica que el alumnado español terminara su etapa de escolarización obligatoria sin saber que en España hubo un dictador que dio un golpe de Estado ilegal e ilegítimo, que se dedicó a asesinar a la oposición política y social, y que instauró un régimen de miedo y de recorte de las libertades individuales, colectivas y nacionales de los diferentes pueblos de España.

Podemos afirmarlo con la máxima contundencia: la memoria histórica ha sido la gran olvidada de todas las leyes educativas de la democracia —y ya hemos tenido ocho—. Y esto ha provocado olvido histórico. Un olvido histórico que daña a la democracia y que, quizás, puede explicar en parte lo que está ocurriendo hoy con el incremento de los discursos

del odio y la banalización del franquismo. Recuerdo que durante el proceso de tramitación de la LOMLOE, la líder espiritual de la derecha española, Isabel Díaz Ayuso, hizo unas declaraciones infames en las que afirmaba que sus abuelos nunca le hablaron de la Guerra Civil para que estuviera "libre de odios". Unas palabras que retratan claramente la posición política de la derecha española (no hace falta que hablemos de lo que piensa la ultraderecha sobre este periodo oscuro del Estado) y que la socialdemocracia nunca se ha atrevido a combatir. La vergüenza de no incluir la memoria en el currículo educativo aún no se ha corregido, porque la memoria histórica reconocida sobre el papel en la LOMLOE no acaba de llegar a las aulas más allá del compromiso democrático de una parte del profesorado. Según un estudio publicado recientemente por los investigadores Enrique Javier Díez y Jonatan Rodrigues, de la Universidad de León, incluso en el año en que conmemoramos los 50 años de la muerte del dictador, la aplicación de la memoria histórica en el currículo educativo no se ha implementado en las aulas. Y es que, de manera general, y especialmente en aquellas Comunidades Autónomas gobernadas por el Partido Popular, los contenidos educativos sobre la represión franquista, la lucha antifascista y los mecanismos de justicia de la transición están diluidos en formulaciones ambiguas, cuando no totalmente desaparecidos, con el peligro que ello supone para el incremento del neofascismo. Esta situación se agrava aún más cuando observamos que algunas Comunidades del PP no solo no implementan el currículo memorialista, sino que han derogado —debido a que están secuestradas por los posicionamientos negacionistas de la ultraderecha de VOX— las leyes autonómicas de memoria histórica, como ha ocurrido en Extremadura, Cantabria, Aragón o Castilla y León con las mal llamadas "leyes de concordia".

Es urgente que el PSOE tome una determinación y que el Ministerio de Educación salga de su letargo y, a través de

los instrumentos normativos que tiene a su alcance, como la Alta Inspección Educativa, analice y sancione a aquellas Comunidades Autónomas que cometen un memoricidio y se niegan a cumplir la obligación legal de desplegar contenidos de memoria histórica en las aulas.

Tras la aprobación de la Ley, en 2020, se debería haber ofrecido colaboración en la revisión de los libros de texto y materiales educativos a las diferentes administraciones, adoptar medidas para que los contenidos de la asignatura de Historia se contextualizaran en el entorno geopolítico de ese periodo y haberse desplegado actuaciones de formación para todo el profesorado, ya que es necesario incluir una actualización científica, didáctica y pedagógica del personal docente en relación con el tratamiento escolar de la memoria histórica democrática de forma transversal. En síntesis, la nueva Ley Orgánica supuso un avance sobre el papel, pero no ha representado el cambio de paradigma necesario que requiere nuestro sistema educativo en clave de memoria.

Debemos tener claro que **las políticas educativas sobre memoria democrática no son ni un capricho ni una opción ideológica del gobierno de turno, sino que deberían ser un derecho de todas las generaciones y una condición indispensable para la defensa de nuestra democracia.**

Ahora que crecen los discursos del odio, el enfrentamiento del último contra el penúltimo y el negacionismo del fascismo histórico que tanto daño ha hecho en España, en Europa y en el mundo, es cuando más necesario se hace potenciar la memoria histórica en el currículo educativo como herramienta fundamental de construcción democrática. Si la máxima de las políticas de memoria es la de verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición, en esta última un buen sistema educativo enfocado en la defensa de los valores democráticos y el análisis del pasado juega un papel fundamental.

A pesar de la dejadez de las administraciones competentes en la fiscalización del cumplimiento de la memoria en el currículo educativo, hay que agradecer la labor de un profesorado comprometido y de unas entidades de memoria activas que han trabajado para que no olvidemos la importancia que tiene la presencia de la memoria histórica democrática en nuestro sistema educativo, porque un país sin memoria es un país sin futuro.

“Para mí, estar en la cárcel fue como una escuela de vida”

Elia Gran

Hablamos con Carlota Falgueras y Marsal, historiadora, activista y coautora del libro Trinitat. La prisión de mujeres ignorada (1963-1983).

¿Qué ha significado para ti escribir este libro?

La publicación de mi libro ha sido, en definitiva, un ejercicio de reflexión sobre una etapa fundamental de mi vida: mi época de lucha antifranquista.

Fui detenida dos veces; la primera en 1969, cuando me encarcelaron en la prisión de la Trinitat durante un mes y medio y la segunda a finales del 1974 cuando el TOP (Tribunal del Orden Público) me condenó a un año de prisión que no llegué a cumplir. Era una época muy dura, pocos meses antes de la muerte de Franco en 1975, cuando fueron ejecutados los cinco últimos condenados a muerte. En ese momento decidí que no volvía a entrar en la prisión y me declaré en rebeldía, me pusieron en orden de búsqueda y captura. Yo militaba en el PSUC y lo expliqué allí, lo entendieron y consideraron que no era el momento de que volviera a la cárcel. Me dieron un pasaporte falso y me exilié a Italia. Yo era muy joven y tenía ganas de vivir la vida, no quería que me sacaran ni un año más.

¿Cuál es el mensaje que quieres transmitir con la publicación?

Quería evitar que la prisión de la Trinitat cayera en el olvido, especialmente ahora que existe la intención de derribarla para construir una urbanización nueva. Por una parte me parece bien, porque el barrio necesita vivienda social, pero no a costa de borrar la memoria. Pensé que esto no podía suceder. Quería dar luz a algo que ha estado completamente oculto durante mucho de tiempo: tanto la prisión de la Trinitat -que durante veinte años fue una cárcel de mujeres muy represiva, con unas guardianas que eren religioses de l’Institut Secular de les Croades Evangèli-

ques- como las vidas de las mujeres que estuvieron presas.
Sobre la prisión de la Modelo existen libros, incluso también la de les Cortes, pero sobre la Trinitat no hay nada. En la Modelo, por ejemplo, voy con estudiantes de institutos y escuelas para mostrar lo que fue y lo que es ahora: un espacio cultural y de memoria.
De ahí nació la idea de hacer un libro.
Tuve la suerte de conectar con César Lorenzo, un historiador joven extraordinario, especializado en el tema penitenciario y que había escrito sobre la Modelo y el movimiento COPEL. Le propuse que hubiera , por un lado, un estudio histórico sobre la formación y funcionamiento de la prisión, y por otro, una parte importante de entrevistas a personas que hubieran sido encarceladas allí: unas 40 entrevistas.
Tomé el modelo de Tomasa Cuevas, una mujer extraordinaria que estuvo presa en diferentes cárceles de toda España y decidió recopilar los testimonios de sus antiguas compañeras. Hizo una labor impresionante sin ayuda de nadie, recorriendo el país, grabando entrevistas y reuniéndolas en tres volúmenes que luego se publicaron como uno solo.

¿Qué supuso para ti entrar en prisión?

Para mí, estar en la cárcel fue como una escuela de vida. Me detuvieron en primero de carrera, con dieciocho años, recién salida de un colegio de monjas: ¡Imagínate! No vengo de una familia republicana, ni mucho menos; eran de derechas, sobre todo mi padre. Mi madre no tanto, era una católica progresista que más tarde se identificó con el grupo de Cristianos por el socialismo, por lo tanto antifranquista.

Mi primer contacto político fue en la universidad. Supongo que ya tenía muy arraigado un sentido de la justicia, porque tenía muy claro lo que era justo y lo que no, especialmente ante las desigualdades sociales.
Me detuvieron en una manifestación de la forma más absurda. Era el 1 de mayo y habíamos ido a casa de un compañero, Pere Maragall -hermano de Pasqual- para hacer banderas. Yo llevaba una bandera roja en la primera línea de la manifestación contra la subida del transporte público. Íbamos con el bloque de estudiantes y obreros sin pertenecer a ningún partido. Guardé la bandera en la bolsa mientras nos dirigimos a una segunda convocatoria, y un guardia civil de paisano me detuvo.
Durante el mes y medio que estuve presa hablé mucho con mis compañeras. Estaban más formadas políticamente que yo y aprendí más que en la universidad. Al salir, supe que continuaría en la lucha.
Mis padres me fueron a buscar. Mi padre estaba furioso y me dijo: "júrame que no volverás nunca más a la cárcel". Yo res-

pondí que no podía jurarlo. Eso marcó nuestra relación para siempre. Yo estaba convencida de que lo que hacía era justo y que debía continuar.

¿Qué aprendizajes podemos extraer de todo ello?

Las libertades no nos han sido regaladas: se han luchado. Y hay que seguir luchando para conservarlas.

Los jóvenes de hoy ya no son los del 15M; ahora tienen otras luchas, como Palestina o la defensa de sus barrios. Hay que explicarles lo que pasó y lo que significa vivir en una dictadura. La memoria histórica es esencial. Mientras sigamos vivos quienes la vivimos, debemos transmitirla.

Tienen que aprender a organizarse. Las luchas nunca son individuales. Hay que acordar objetivos comunes y mantener el espíritu de lucha. El miedo existía; la policía podía detenerte en cualquier momento. Pero si tenías claros tus valores —justicia, libertad, igualdad— eso te daba fuerza. Y no estar sola, formar parte de partidos o movimientos sociales, era fundamental.

Soy miembro de la Asociación Catalana de Personas Ex-Presas Políticas del Franquismo, donde trabajamos especialmente para mantener la memoria y explicar nuestras experiencias.

Mirando hacia el futuro..

He aprendido que nadie te regala nada, y menos los grandes poderes y oligarquías. Sólo el pueblo puede lograr los cambios, organizándose y siendo solidario. El valor de la solidaridad es fundamental.

Otra cuestión esencial es la lucha contra la corrupción. No se puede construir una sociedad mejor si la corrupción está presente. Desmoraliza profundamente ver caer en ella a personas en las que confiabas.

También es terrible la fragmentación de la izquierda. La de la derecha, allá ellos; pero las divisiones dentro de la izquierda desaniman.

Una reflexión alrededor de los 50 años de la muerte de Franco.

La política es complicada, muy puñetera, pero es la herramienta para cambiar las cosas. Creo que aún se puede transformar el mundo y que otro mundo es posible. Pero para ganar poder real no basta con ganar elecciones: hay que transformar la sociedad, revolucionarla. Ese es el objetivo por encima de todo.

La huella del PSUC, el partido del antifranquismo y la democracia

Joan Busquet

Hablar del franquismo y de la transición en Cataluña es hablar del PSUC. El partido nació en julio de 1936, pocos días después del golpe de Estado de los militares sublevados, que aceleró el proceso de convergencia formal de la Unió Socialista de Catalunya, el Partit Comunista Català, el Partit Català Proletari y la Federación Catalana del PSOE. La nueva fuerza política sellaba la unidad de acción de buena parte de la izquierda socialista, comunista y catalanista en defensa de la República. Este espíritu de unidad republicana, inscrito en su ADN, facilitaría que el PSUC sobreviviera, en los primeros años del franquismo, a la durísima represión del régimen, que condenó a las demás organizaciones políticas y sociales democráticas al silencio o a la desaparición en el interior del país. Ni los asesinatos indiscriminados y los fusilamientos de cientos de militantes sometidos a consejos de guerra sumarísimos, ni el exilio y la reclusión en campos de concentración de miles de afiliados en los años 40, ni posteriormente las condenas a muerte y ejecuciones de decenas de dirigentes hasta bien entrada la década de los 50, impidieron que el partido resistiera primero el proceso de violencia física, económica, política y cultural de la dictadura y consiguiera más tarde convertirse en la fuerza de referencia en la lucha por la democracia: el partido del antifranquismo.

Fiel al espíritu unitario que había determinado su nacimiento, ya en 1956 el PSUC renunció a la resistencia y a las acciones civiles armadas y abrazó, como el PCE, la política de reconciliación que ponía el acento en la necesidad de la lucha pacífica y de masas y en las alianzas con todas las fuerzas partidarias de la libertad. Pocos años después, la organización, que había asumido incondicionalmente las orientaciones de los dirigentes soviéticos —primero con entusiasmo y luego, sucesivamente, con discreción y en silencio—,

empezó a distanciarse de ellas. Y en 1968, cuando la URSS invadió Checoslovaquia, la matriz comunista, que hasta entonces había sido un activo, se convirtió en un lastre y el partido empezó a asumir la necesidad de romper política y emocionalmente con el cordón umbilical simbólico que lo unía al comunismo doctrinario. Fue el preludio de su adscripción sin reservas, diez años después, al proyecto eurocomunista, que propugnaba la conquista de una sociedad justa e igualitaria por vías exclusivamente democráticas, con espacios de entendimiento que garantizaran no sólo el apoyo, sino también la participación activa de las mayorías sociales.

Con el mismo espíritu, el PSUC impulsó los incipientes movimientos obrero y estudiantil, así como las acciones colectivas en defensa de unas condiciones de vida dignas en barrios, pueblos y ciudades, y se convirtió en la fuerza central de las clases populares. Paralelamente, fue determinante en la creación de organismos unitarios de la oposición al franquismo, como la Coordinadora de Fuerzas Políticas (1969) y, sobre todo, la Asamblea de Cataluña (1971), el organismo que agrupó partidos y movimientos sociales bajo el lema *Libertad, amnistía, Estatuto de autonomía,* que reunía la exigencia de democracia y la aplicación del principio de autodeterminación y que se convirtió en un clamor que llevó a cientos de miles de personas a las calles.

PSUC

Los valores de la democracia, del republicanismo y de la libertad de los pueblos hicieron del PSUC la fuerza más firme en la apuesta por un Estado federal plurinacional, muy lejos del universo quimérico de los partidarios de un proyecto nacional excluyente que consideraban —y consideran aún hoy— que lo que determina los marcos nacionales, los espacios de pertenencia, son los territorios míticos e inmutables, no la gente que los habita, como si el futuro fuera el pasado y el origen fuera el fin. De hecho, una de las grandes aportaciones del partido, ya bien entrada la democracia y en coherencia con su trayectoria desde su fundación, fue la formulación y la práctica cotidiana del catalanismo popular. Hoy ya es casi un axioma que Cataluña es un solo pueblo, sean cuales sean los

orígenes y las lenguas empleadas por las personas que viven en ella.

El PSUC tenía los pies en la tierra. Entre la charlatanería quejumbrosa y los silencios ruidosos de otras fuerzas políticas, se centraba en las necesidades de las personas, en la vida y en los cuidados necesarios para sostenerla: los servicios públicos, la sanidad, la educación, la vivienda y el acceso universal al conocimiento y la cultura, y un sistema fiscal y de pensiones justo. Es decir, protección social, trabajo, formación y futuro. Y también, aunque de manera más modesta, en dos cuestiones que en el futuro acabarían siendo centrales para la izquierda transformadora. Por un lado, la exigencia de una política económica respetuosa con el medio ambiente que no se limitara a pintar de verde el edificio gris del capitalismo; y por otro, la denuncia de las discriminaciones que sufrían las mujeres y las formas patriarcales de poder.

Los dirigentes del PSUC eran conscientes de que los partidos políticos no pueden tener respuestas para todo, que no pueden comportarse como depositarios de supuestas verdades inmutables, que deben renunciar a la pureza autocomplaciente y a la virginidad estéril de quienes nunca se ensucian las manos en nombre de los ideales. **Sabían que las respuestas a muchas de las grandes cuestiones están en manos de la sociedad, no de las formaciones políticas; que la principal función de los partidos es sostener unas ideas y fomentar y canalizar las aspiraciones de los diferentes sectores por las vías institucionales,** y que para evitar la dispersión y la descomposición sociales hacen falta organizaciones y movimientos sólidos que ofrezcan seguridad y protección a los distintos colectivos. Procuraban no perder nunca de vista la correlación de fuerzas y actuaban pensando que los cambios reales exigen paciencia, optimismo y confianza, y que liderar significa incluir, competir cooperando, y que es preferible colaborar con aliados difíciles que combatir enemigos fáciles.
El PSUC, que ya había impulsado en 1940 programas en catalán en Radio España Independiente y no ignoraba la trascendencia de la comunicación, no dejó nunca de difundir, desde 1943, su órgano central, la revista *Treball*, y otras publicaciones como *Lluita, Nous Horitzons* y *Universitat*. Y al final de la dictadura contaba con 40.000 militantes activos: hombres y mujeres arraigados en las empresas, dirigentes sindicales, estudiantiles y vecinales, campesinos, intelectuales y creadores culturales que hacían efectiva la alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura que el partido propugnaba. **Los militantes**

habían aprendido que era necesario superar la identidad propia para crear espacios sociales más amplios, tanto para defenderse de la opresión como para ir conquistando espacios de libertad y nuevas parcelas de influencia política, cultural y social. Y hacían lo necesario para conocer las necesidades de los diferentes colectivos, para que las propuestas que formulaban llegaran al corazón y los vincularan emocionalmente, conscientes de que los vínculos emocionales son imprescindibles para asegurar los vínculos políticos.

Y, sin embargo —digámoslo claro—, cuando las cosas ya iban mal dadas, **los dirigentes y los militantes también descubrieron con incredulidad la fragilidad con que se quiebran las estructuras más sólidas si las burbujas sectarias y autocomplacientes y las pulsiones cainitas acaban atravesando los debates internos.**

El presente cambia a menudo los colores de un pasado que querríamos hecho a medida. Por eso, cuando hablamos del PSUC corremos el riesgo de mirarlo con los ojos de hoy y, lo que es peor, con la arrogancia moral y el silencio obstinado de quienes han decidido ignorar sus huellas.

HUELLAS

Cuando la juventud hizo caer el miedo

Marc Calvo

En los años más grises del franquismo, cuando el miedo era una presencia habitual en los hogares y en las calles, un conjunto de jóvenes y trabajadores catalanes decidió desafiar el silencio impuesto por la dictadura. **Lo hicieron sin grandes medios, sin altavoces ni permisos, pero con una convicción profunda: que la democracia no era una idea abstracta, sino una manera concreta de vivir y de relacionarse.** En las fábricas, en los barrios, en las escuelas y en las universidades, empezaron a organizarse para defender los derechos laborales, la libertad de expresión y la dignidad colectiva. En aquel contexto de sombra y represión, cada reunión clandestina, cada panfleto y cada asamblea eran actos de resistencia. Aquella generación aprendió que la libertad se ejercía mucho antes de ser reconocida por las leyes.

El movimiento juvenil y obrero que emergió en aquellos años transformó el miedo en fuerza. Ante un régimen que quería uniformidad y sumisión, opusieron la cultura, la cooperación y la organización. En las asociaciones de vecinos, en los centros culturales y en los ateneos, hicieron de la vida cotidiana un espacio de lucha y de aprendizaje. **Las fiestas populares, el teatro y la música se convirtieron en instrumentos de conciencia; la solidaridad, en el idioma común de una generación que quería un país más justo y libre.** Entre aquel entramado de iniciativas, la JCC fue un actor central en la configuración de un catalanismo político que, durante el franquismo y la Transición, se identificó de manera indistinguible con la lucha antifranquista y con los ideales de democratización y justicia social. Lejos de ser un simple apéndice juvenil del PSUC, la organización desarrolló una cultura política propia, capaz de articular las inquietudes de las nuevas generaciones urbanas y obreras y de convertirlas en fuerza política.

Esta combinación entre catalanismo, comunismo y movilización juvenil tuvo un papel determinante en la construcción de la oposición de masas al régimen y en la articulación de un proyecto nacional y democrático para Cataluña, desde una manera de hacer política que era una manera de vivir: "Hacíamos política sin saberlo, simplemente intentando vivir con dignidad", forjando una democracia artesanal, hecha con las manos y con el corazón, mucho antes de que existieran instituciones democráticas.

El mundo obrero, y concretamente Comisiones Obreras, jugó también un papel central. Las huelgas, las reivindicaciones laborales y la lucha sindical no solo buscaban mejoras económicas: eran también una escuela de civismo y de coraje. En aquellos talleres y fábricas, donde cada asamblea podía acabar con detenciones, se aprendió a hablar, a escuchar y a decidir colectivamente. La clase trabajadora fue el motor de una transformación profunda que no solo quería derribar una dictadura, sino también construir una nueva manera de concebir el país —una sociedad basada en la igualdad y la fraternidad. De aquella experiencia nació la idea de un catalanismo popular e integrador, capaz de hacer de los hijos de la inmigración una parte esencial del proyecto colectivo. *Un sol poble* **no era un eslogan: era la constatación que la identidad se podía construir desde la convivencia y la solidaridad y no desde la exclusión.**

Con el tiempo, aquellos movimientos fueron tejiendo redes de autoorganización que prepararon el terreno para el cambio político. Muchos de quienes habían crecido en la clandestinidad formaban parte de la generación conocida como TOP, perseguida por el Tribunal de Orden Público. **A pesar de la represión y las condenas, esta generación no se rompió: aprendió a resistir, a organizarse y a convertir el miedo en conciencia.** Cuando el franquismo se hundía, ya tenían una experiencia acumulada de lucha y de organización que les permitiría participar activamente en la reconstrucción democrática. De las asambleas ilegales a las primeras instituciones locales, muchos dieron el paso de la resistencia al servicio público con naturalidad, llevando la misma voluntad transformadora.

Aun así, la transición democrática no cumplió todas sus promesas. **La amnistía llegó acompañada de una amnesia colectiva que silenció muchas historias de compromiso y sacrificio. La institucionalización de la política desplazó la energía popular de las calles y las asambleas, y una parte de aquella generación vio como la democracia que había ayudado a construir se convertía en patrimonio**

de las estructuras de poder. Aun así, su impronta persistió: en la cultura cívica, en los movimientos vecinales, en la educación popular y en la manera de hacer política desde la base.
Aquel movimiento juvenil y obrero supo conectar la lucha antifranquista con las preocupaciones reales de la gente. **No era una militancia alejada de la vida, sino inserta plenamente en ella. Su capacidad de adaptarse, de integrar la diversidad y de hacer del trabajo cultural y social una herramienta de transformación explica por qué su influencia fuera más allá de su tiempo.** En las décadas siguientes, su herencia nutrió el asociacionismo, el sindicalismo democrático y las nuevas formas de participación ciudadana que continúan sosteniendo buena parte del tejido social catalán.

Hoy, en tiempo de individualismo acelerado y de cierta desafección hacia la política, recuperar aquella memoria es más que un ejercicio de recuerdo: es una necesidad democrática. La memoria no es solo un archivo del pasado, sino una brújula para el futuro. Nos recuerda que la libertad no se decreta, se construye; que **la democracia no es un estado, sino una práctica colectiva**; que los derechos no se otorgan, sino que se conquistan cada día. Aquella generación demostró que incluso en los tiempos más oscuros se puede crear luz desde abajo, y que la fuerza del pueblo organizado es la mejor garantía contra el retorno del miedo.

Mantener viva la memoria de aquella experiencia, de los militantes de la Juventud Comunista de Cataluña, es, pues, un acto de justicia, pero también de compromiso con el presente. Porque solo reconociendo su valentía podemos entender que la democracia no es un legado garantizado, sino una conquista permanente. Ellos abrieron el camino y nos dejaron una lección sencilla pero esencial: que los cambios más grandes nacen en los lugares más humildes, y que la libertad, como la solidaridad, sólo existe cuando es compartida.

A PESAR DE LA REPRESIÓN Y LAS CONDENAS, ESTA GENERACIÓN NO SE ROMPIÓ: APRENDIÓ A RESISTIR, A ORGANIZARSE Y A CONVERTIR EL MIEDO EN CONCIENCIA

Migraciones y luchas vecinales en las montañas de Barcelona

Custodia Moreno y Beatriz Simón

Hoy nos encontramos dos generaciones que comparten algo más que una ciudad: compartimos camino, memoria y lucha. Frente a mí está Custodia Moreno, activista y lider vecinal, mujer imprescindible para entender la historia popular de Barcelona. Una mujer que, junto a sus vecinas y vecinos, peleó durante décadas para dignificar la vida en los barrios del Carmel y Can Baró.

Historias como la de Custodia y la de tantas familias migrantes que, tras la Guerra Civil, buscaron refugio frente a la pobreza y la represión.
Las familias que llegaron en los años cuarenta y cincuenta desde Andalucía, Murcia, Aragón o Extremadura no encontraron la ciudad prometida, sino un territorio por construir, que sería levantado por manos migrantes expulsadas de sus tierras y decididas a empezar de nuevo.
Frente a la dictadura y la marginación, las vecinas organizaron redes de apoyo, asambleas improvisadas y resistencias cotidianas.
De ese espíritu nacieron los movimientos vecinales de los barrios de montaña. No fue solo una lucha por infraestructuras, sino una revolución comunitaria.
Sobre esta historia de lucha dialogamos con Custodia.

Bety Simón: Custodia, llegaste a Barcelona en 1947. ¿Cómo fue aquel viaje?
Custodia Moreno: Fue justo un día como hoy, 1 de noviembre. Salimos de Granada tres días antes en un tren de carbón. Mis padres, mi hermano y yo veníamos huyendo de la miseria y de la represión. Mi padre fue despedido por republicano y no nos quedó más remedio que migrar. Teníamos amigos aquí, por eso vinimos. Cuando llegamos no nos quedaba casi dinero... pero había esperanza.

Bety: ¿Y vuestro primer hogar?
Custodia: Llegamos engañados, con la promesa de un piso en el barrio de Gràcia. Pero lo que finalmente nos ofrecían era

compartir un piso con tres familias más. Por lo que no quisimos quedarnos y unos amigos nos ofrecieron ir a su casa, les dijimos que si, pero claro nos encontramos con una barraca en Can Baró. Doce personas bajo un techo, sin agua ni baño, con frío, pero con mucha dignidad y generosidad. No tardamos mucho en tener nuestra propia barraca y seguir adelante.

Bety: Desde pequeña que estudiabas y trabajabas...

Custodia: Sí. Desde los once años ya trabajaba. Fui a una escuela de monjas, porque no había pública para niñas. Ellas querían que fuera oficinista, era lo que estaba bien visto. Pero yo quería ser enfermera. Trabajé de día en la Clínica Barraquer y estudié de noche. Luego el servicio social, esa "mili" para mujeres donde te enseñaban a coser, cocinar y obedecer al marido... así de "moderno" era todo, formaba parte de la carrera como una asignatura más de la universidad.

Y no desfallecí, seguí. Y me hice enfermera, a pesar de que a las monjas les parecía que no era profesión para una mujer; decían que tenía mala fama con los médicos y las relaciones promiscuas.

Y mientras tanto, luchábamos en el barrio.

Bety: ¿Cómo era el día a día en el barrio?

Custodia: Dura. Sin agua, sin baño, sin escuela pública, sin transporte. Íbamos a por agua a la fuente pública más cercana. Y las letrinas arriba en el monte, podéis imaginaros los años que vivimos así, del 1947 al 1974. Además, si tiraban una barraca, la levantábamos otra vez, a veces de noche, para que al amanecer pareciera "de toda la vida" y no vinieran los de los picos. ¿Has visto la película El 47? Pues era tal cual. Ahora suena a "fantasía", pero era nuestra realidad.

Como contrapartida, había una solidaridad increíble. Eso no se olvida.

Ese año, 1974, logramos que por fin llegaran el agua corriente y el alcantarillado a Can Baró. Fue una gran alegría, el resultado de muchos años de esfuerzo y de una auténtica lucha vecinal.

Bety: Custodia, la vedad es que, para mucha gente joven, esta Barcelona de barracas parece irreal.

Custodia: Pues existió. Y no éramos pobrecitos: éramos luchadores. Queríamos vivir con dignidad. Todo lo que ves hoy, escuelas, CAPs, transporte, plazas, viene de esa lucha. **Por eso la memoria importa: porque si olvidamos, perdemos. La ciudad no la hace el poder: la hace el pueblo.**

Bety: Entre tantos reconocimientos a tu trayectoria, recientemente (2021) recibiste la Creu de Sant Jordi. ¿Qué ha significado para ti este premio?

Custodia: Fue muy emocionante no me lo esperaba. Aunque una no lucha pensando en premios, pero se agradece. **De todas maneras, yo sola no hice nada: lo hicimos todo juntos. La verdadera medalla es que la gente siga creyendo en la fuerza de la comunidad.** Que las cosas se pueden lograr cuando se luchan en vecindad, de manera colectiva. Somos más fuertes si nos unimos. Esta lección tenemos que aplicárnosla de una vez por todas las izquierdas.

Bety: ¿Qué les dirías a las nuevas generaciones?
Custodia: Que no se dejen dividir. Que se organicen. Que no den por hechas las cosas. Esta ciudad la hicimos entre todas, y se sigue construyendo cada día con solidaridad y comunidad.

Hoy caminamos por barrios con escuelas, centros cívicos y transporte público, fruto de aquellas luchas vecinales. Pero los retos continúan, la lucha política sigue siendo necesaria contra la especulación, la gentrificación, el turismo masivo, la precariedad y las nuevas migraciones.
Las herramientas cambian, pero la esencia permanece: la comunidad sigue siendo nuestra fuerza. Así como ayer se trajo agua y dignidad a los barrios, hoy debemos seguir construyendo justicia social, vivienda y vida comunitaria.

Ese es el legado de quienes llegaron con una maleta pequeña, una esperanza enorme y un sueño compartido: **hay que hacer barrio para hacer ciudad.**

El sindicalismo que mató a Franco

Marc Andreu Acebal

En 1975, Franco murió en la cama. Y el dictador, del que tan buen recuerdo guarda Juan Carlos de Borbón, lo designó a él como sucesor a título de rey. Ahora bien, **el franquismo o la dictadura sin Franco murió en la calle, en los barrios y en las fábricas.** Esto hay que repetirlo para no olvidar quién acabó realmente con la dictadura: el movimiento obrero, el movimiento vecinal, el movimiento estudiantil, el movimiento feminista, el catalanismo y los movimientos sociales en general, en una combinación diversa que debe mucho a la capacidad de organización y a la cultura unitaria de CCOO, el PSUC, la Iglesia de base y la Asamblea de Cataluña.

En 1970, en el Estado español se registraron 1.547 huelgas o conflictos laborales, que implicaron a un total de 460.000 trabajadores y trabajadoras. Datos oficiales de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) especialmente relevantes si tenemos en cuenta que proceden de un país que vivía en ausencia total de libertades políticas y sindicales, y bajo un régimen dictatorial que el año anterior había declarado el estado de excepción.

Después seguirían aumentando, pero en 1971 las huelgas bajaron a 661, implicando a 222.000 obreros. Una cifra similar al número de trabajadores que se calcula que se declararon en huelga dos décadas antes, en 1951, durante el boicot a los tranvías de Barcelona que derivó en una huelga general metropolitana. Tan importante fue aquella huelga, que las autoridades franquistas hicieron desembarcar a 4.000 infantes de Marina para recuperar el control de la situación.

La huelga de tranvías de 1951 en Barcelona se produjo al inicio de un período de transición en la historia del movimiento obrero, marcado también por las oleadas de conflictividad de 1956, 1958 y 1962 en toda España (iniciadas en Euskadi y Asturias, pero rápidamente extendidas

por Cataluña) y que emergería con fuerza en la década de los sesenta gracias a la estructura de las nuevas Comisiones Obreras. Fue una lucha que encontró la solidaridad de muchas fábricas y que tuvo en los barrios obreros un espacio que las animó y protegió.

Fue, asimismo, una lucha que se sostuvo sobre la base de una "alianza táctica entre católicos y comunistas sin precedentes". Son palabras del hispanista Sebastian Balfour, quien certifica que "el boicot a los tranvías renovó una forma de disidencia que había sido una tradición en Barcelona". Hablamos de aquella Barcelona revolucionaria de 1936, la que protagonizó la huelga de La Canadiense en 1919 y la Semana Trágica de 1909, conocida como la Rosa de Fuego por ser cuna y chispa del anarcosindicalismo, del cooperativismo obrero y de un socialismo utópico icariano no incompatible con la fundación, en la ciudad, de organizaciones como la UGT y la CNT.

En 1970, el año que políticamente se cerró con el juicio de Burgos contra 16 miembros de ETA, se inició con un gran conflicto laboral en Terrassa, donde había fábricas emblemáticas como AEG y Telefunken. Muchos otros nombres conformarían, en la Cataluña de los setenta, un imaginario de lucha obrera que contribuiría a derrotar la dictadura en las fábricas y los barrios. SEAT, Laforsa, Elsa, Solvay, Pegaso, Ford Motor Ibérica, Hispano Olivetti, La Maquinista, Macosa, Gispalsa, Roca, Ibèria Radio, Harry Walker... protagonizaron un crescendo de luchas obreras que pusieron la dictadura contra las cuerdas.

Así se desprende de los datos de conflictividad laboral de aquella década inaugurada en 1970 con 1.547 huelgas en toda España y que aumentaron a más de 2.000 en 1974. Las huelgas llegaron a 2.807 en 1975 y, marcando claramente el inicio de la transición, subieron hasta 3.662 en 1976. **Ese año salieron a la calle más de 2,5 millones de trabajadores en huelga. Obreros en conflicto y horas de huelga contabilizadas oficialmente que, en 1976, y solo en Cataluña, superaron los datos de todo el conjunto del Estado en cualquier año anterior.**

Esta fuerza de movilización permite afirmar que la democracia no nació con la Constitución de 1978. Ni con las elecciones de 1977 o 1979, ni con el Estatuto de 1980. La democracia nació sobre todo en los centros de trabajo, con Franco aún vivo, y eso se reflejó en las elecciones sindicales de junio de 1975. Conviene recordarlo: las Candidaturas Unitarias y Democráticas impulsadas por las clandestinas CCOO se impusieron de forma abrumadora (y perfectamente infiltrada) dentro de la Organización Sindical Española (OSE), el Sindicato Vertical creado en 1940 a imagen de la Italia fascista y la

Alemania nazi.

La OSE realizaba periódicamente elecciones a representantes sindicales. Muy corporativas, poco participadas y nada democráticas, claro está. Pero cuando en 1954 dejó de ser obligatorio tener el carné de Falange para participar en ellas, el interés por las elecciones sindicales aumentó. En plena dictadura, esas pseudoelecciones fueron una rendija para reclamar y negociar derechos sociales y manifestar el descontento sociopolítico.

Así nacieron las Comisiones Obreras, que se fueron infiltrando en el Sindicato Vertical, jugando entre la clandestinidad y la alegalidad. Hasta que, en 1966, CCOO fueron formalmente ilegalizadas por considerárselas un instrumento del PCE (y del PSUC en Cataluña). De ahí que la dictadura intensificara la represión contra el movimiento obrero. La detención, en 1972, de prácticamente toda la cúpula de CCOO y su imputación en el conocido Proceso 1001 es el ejemplo más emblemático. Y el asesinato a tiros por la policía del obrero Manuel Fernández Márquez en la Térmica del Besòs, en 1973, es uno de los más dramáticos.

Sobreponiéndose a la represión, y entre el crescendo de movilizaciones que van desde la ocupación de SEAT en 1971 hasta las huelgas generales del Baix Llobregat en 1974, CCOO se preparó para asaltar definitivamente el Sindicato Vertical en las elecciones previstas para la primavera de 1975. Las de 1971 habían estado marcadas por la fuerte represión y las divisiones estratégicas entre las izquierdas sobre la conveniencia o no de participar en unas elecciones franquistas.

La primavera de 1975, la convocatoria oficial no tomó por sorpresa a CCOO. La decisión de aprovechar aquella oportunidad ya se había tomado antes, consensuada con el PSUC. Y con la colaboración cómplice de muchos abogados laboralistas se había analizado la normativa electoral y la legislación sindical franquista para encontrar todas las rendijas y posibilidades jurídicas. También se habían elaborado guías para las principales empresas y sectores. Por eso, esta vez, la reiterada llamada al boicot electoral de grupúsculos de extrema izquierda y de una UGT sin presencia real entre la clase trabajadora no afectó la estrategia de infiltración de CCOO.

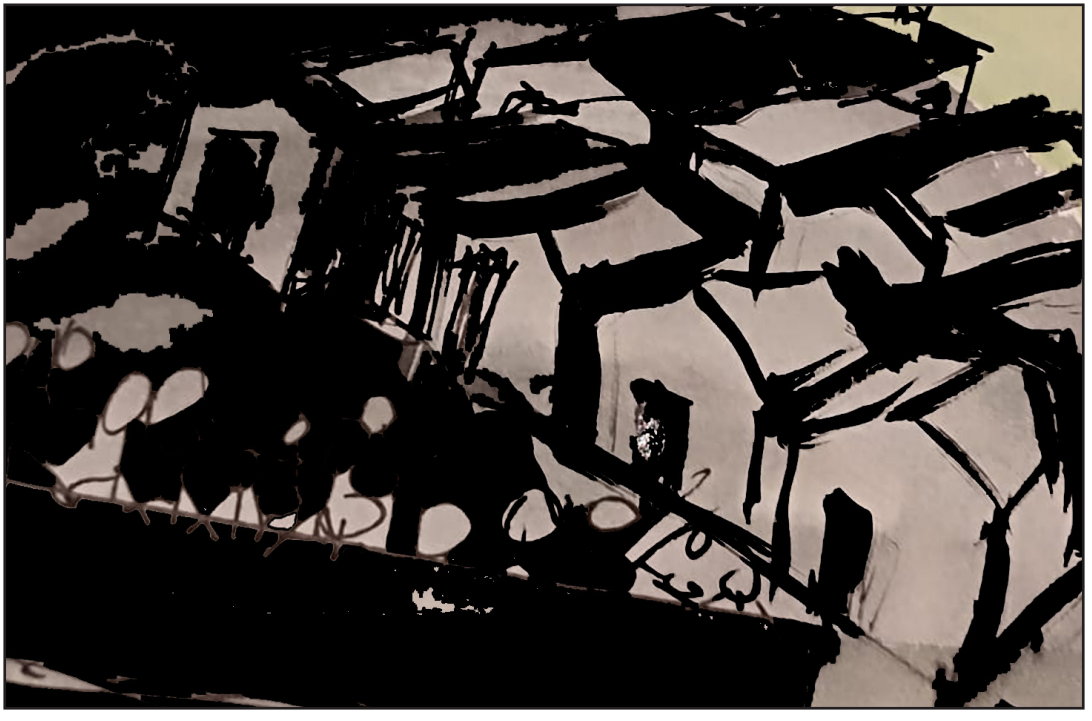
Bajo la fórmula de las Candidaturas Unitarias y Democráticas, CCOO derrotó ampliamente las listas electorales oficiales de los jerarcas del Sindicato Vertical. En la provincia de Barcelona, la elección de 63.000 enlaces sindicales congregó una participación de más del 85% del censo. Y las candidaturas auspiciadas por CCOO se impusieron en las principales empresas.

En SEAT, de 150 enlaces, ganaron 119 (un 79%). En Pirelli de Cornellà, 25 de los 28 elegidos fueron de la candidatura democrática. Y en Olivetti y Riviere los ganaron todos: el 100%.

El caso es que en el otoño de 1975, antes de morir Franco, no solo el Sindicato Vertical había quedado sentenciado por la masiva infiltración del sindicalismo de clase y democrático; era la propia dictadura la que no tenía futuro alguno. Porque las movilizaciones obreras siguieron creciendo en las calles y en las fábricas, en las grandes ciudades y en las no tan grandes.

Y la movilización y experiencia electoral en los centros de trabajo también fue clave. De entrada, para que los partidos de izquierda, nutridos de militantes que en muchos casos también eran sindicalistas, afrontaran con fuerza la campaña de las elecciones del 15 de junio de 1977. Pero también para que se entendiera que **la democracia es más que los partidos políticos y no puede quedarse a las puertas de las empresas.**

• *Marc Andreu Acebal es periodista e historiador y, en la actualidad, secretario de Comunicación, Cultura y Estudios de CCOO de Cataluña*



Crónicas de una infancia en el exilio

Roser Faraudo Gargallo,
nació en Barcelona y vivió el exilio desde los 3 años. Hoy a sus 92 años desde la Ciudad de México revisita esos recuerdos en un relato que rescata y reescribe algunas de esas vivencias.

Mis padres fueron muy amorosos. La guerra los obligó a ser muy austeros y a vivir sin lujos, pero nunca se quejaron. Eso sí, siempre mantuvieron la dignidad en el arreglo de sus personas, y no se diga la mía. También me acostumbraron a la comida sana, cosa que agradezco – sin refrescos ni alcohol.

En mi edad avanzada he llegado a comprender que esas anécdotas "divertidas" de mi mamá llevando comida de contrabando desde el pueblo a Barcelona – el conejo destazado en el forro del abrigo y los huevos escondidos en el cuello- **no han de haber sido tan divertidos entonces.** Como el día que llegó un tumulto de mujeres "verduleras" (como ella les llamaba) a la portería de nuestro edificio, donde las primas del pueblo acababan de dejar un cabrito y cantidad de comida. Vociferaban que había que ir a la Generalitat a protestar, lo único que se le ocurrió fue irse con ellas para que no entraran a la casa.

Mis primeros recuerdos son de Perpignan. Después he sabido que los bombardeos y la falta de comida en Barcelona nos motivaron a salir a Francia. **La Navidad que pasamos allí recibí un regalo que para mí fue memorable, una caja de madera (de puros) forrada de rosa con una muñequita adentro** con su ropa, no obstante los acontecimientos externos, fue para mí una época muy feliz.

En aquella época había mucha gente en la casa, porque iban llegando los amigos que sabían que estábamos allí, Anita Gual que se amarró a su hijo del cinturón para que no se le fuera a perder y tiró sus cubiertos de plata en medio del Pirineo porque ya no podía cargar con ellos. Finalmen-

te llegó mi papá que cruzó la montaña caminando y fue a parar a un campo de concentración, de donde lo rescataron mi mamá y mi tía. Todavía conservo la carta escrita a lápiz que mandó desde allí. Éramos tantos en la casa que el dueño se compadeció de nosotros y nos prestó un departamento que tenía en el centro del pueblo, que ocupamos mis padres y yo.

La segunda guerra mundial era inminente y aunque mi papá ya tenía trabajo en Francia, decidieron aceptar la oferta del gobierno mexicano para emigrar allí. Era el mes de julio de 1939.

Vinimos en el vapor Mexique. Solo recuerdo que salimos de Burdeos y que mi abuela nos llevó a "Le Printemps" a mi prima y a mí y nos compró unos bonitos sombreros de paja blancos para el viaje. De alguna manera pude percibir la desaprobación de mi papá, aunque no entendía la razón, que ahora comprendo. Del barco solo recuerdo que yo me negaba a usar los platos y vasos metálicos. No sé cómo pasaba el día, pero sí que la llegada a Veracruz fue muy alegre. A mí me regalaron un "Choco Milk" helado que me pareció delicioso y nos llevaron a dormir a un lugar donde preguntaron qué me podrían dar de cenar; mi mamá les dijo que una tortillita- "¿solo eso?". Claro, ¡ella pensaba en un omelette! ¡Mi papá tuvo que pedir prestado un traje a un amigo para bajar del barco! Nunca he entendido cuál era la necesidad de bajar del barco vestido de traje.

A pesar de hablar el mismo idioma, no tardó en saltar la barrera del lenguaje, o más bien el "shock cultural", como el día en que las tías Cata y Amparo se fueron a meter a una cantina en Veracruz. Encontraron unos "señores muy amables" que las querían invitar a una cerveza, pero Amparo procedió a explicarles que no podían quedarse porque tenía que comprar leche para su bebé. Nunca se percataron de que estos señores les estaban "echando los perros" porque en 1939 las mujeres en México no entraban a las cantinas, es más, estaba prohibido.

México les pareció maravilloso, así como la generosidad de los mexicanos que nunca cambiaron su actitud.

Muy pronto mi papá consiguió trabajo en la misma compañía de Inglaterra, con la que trabajaba en Barcelona y lo enviaron a una sucursal en Monterrey. Allí fueron muy felices, y por añadidura yo también. Tuvimos la suerte de aterrizar en la calle Álvarez, al lado de los González que tenían una hija de mi edad y frente a los Montfort, que también era una familia numerosa.

Tanto las hijas González como las Montfort mayores buscaban mucho a mi tía Cata, pero nunca se logró adaptar a ellas. Creo que **después de la guerra, literalmente "no se hallaba" en el ambiente de Monterrey** de aquella época.

Aquí recibieron con mucha simpatía al llamado "exilio español". **Los mexicanos en general son personas muy generosas que enseguida te ofrecen su casa y su amistad. Cuando llegaron el gobierno les ofreció a mis padres la oportunidad de adquirir la nacionalidad**, lo cual inmediatamente aceptaron y lo hicieron extensivo a mí. Eso me ha facilitado mucho la vida. Nosotros nunca tuvimos ninguna limitación legal aquí, excepto no poder ser presidente de la República, puesto que para eso sí que por ley hay que ser mexicano de nacimiento.

A pesar de que actualmente pasamos por una época difícil sigo pensando que este es un gran país por la generosidad de su gente y de su tierra.

Estatuas y monumentos, símbolos de una cultura viva

Mabel Llevat

Desde la estatua a Joan Güell i Ferrer en Gran Vía, la escultura a Joan Prim en la Ciutadella y la recién retirada figura de Antonio López, **la memoria monumental de Barcelona conmemora muchas veces los relatos de individuos que en la búsqueda de oro y fortuna participaron en empresas coloniales, militares y esclavistas**. A través de su conmemoración la ciudad no los deja morir, los condena a la inmortalidad de su maldita circunstancia, como diría el poeta Virgilio, cargando con su delito transformado en "legado" por toda la eternidad.

De esta manera se erigieron monumentos urbanos que transmiten historias sobre la expansión de los imperios, la colonización, el desmantelamiento de comunidades y la violenta transformación de la naturaleza para hacerla funcional a las economías a través de la imagen idílica del cuerno de frutas, la fuente de oro y la representación del cuerpo desnudo de la mujer como contraparte de una empresa de plantación colonial y de explotación dominada por hombres. Entonces, un ejercicio de vital importancia es detenernos a cuestionar qué valores representan **los monumentos que se levantan a nuestro alrededor. ¿Nos hacen sentir orgullo? ¿felicidad? O en cambio, nos generan contradicciones.** Estos monumentos suelen trascender la imagen romántica, inofensiva y sin conflictos que usualmente proyectan, siendo en cambio, símbolos de una cultura viva que integra pasado y presente, un campo de batalla de poderes y de lógicas de dominación simbólica. Por esto es importante generar cierta reflexión sobre la celebración de figuras en el espacio público y hacerlo pensando en clave de futuro y en qué relatos transmitiremos a las generaciones que nos sucedan.

A partir de aquí nos surgen varias preguntas que pueden vertebrarse en cada ruta o proceso de descolonización de la memoria patrimonial. ¿Cómo se fundan

los diferentes ejes que memorializan la ciudad? ¿Con qué intención? ¿Qué relatos, qué comunidades y qué historias de resistencia se tejen al margen de las narrativas hegemónicas y cómo han sido progresivamente borradas de la construcción de la memoria colectiva? ¿Cómo la ciudadanía ha reinterpretado e interactuado con esta memoria? ¿Cómo se reinterpreta la ciudad hoy en día ante el modelo de turistificación que esteriliza los monumentos olvidando que son el vestigio de un entramado de luchas y explotación?

El objetivo es observar y cuestionar la historia de la ciudad desde la perspectiva de comunidades que han sido marginalizadas, y de los movimientos de resistencia y de lucha, como lo demuestran hechos como el papel protagonista de la comunidad gitana en la revuelta de la Jamancia, el derribo de estatuas como acto simbólico durante sucesos como la Guerra Civil Española, o la retirada de estatuas del espacio público ante la presión de los movimientos antirracistas eligiéndolos como espacios de resistencia. No podemos olvidar que detrás de la retirada de estatuas, las pintadas o la descolonización hay, como recuerda Walter Mignolo, una energía del descontento entre sujetos subalternizados que han padecido una larga historia de dominación. Creo que el foco entonces debe estar en cómo construir una memoria colectiva que no sea la memoria de unas pocas personas, sino de todas aquellas que conforman la ciudadanía. Hemos de mirar esta historia con perspectiva de género, de clase, y antirracista en la que **la madurez de un pueblo y de su ciudadanía se demuestre por la capacidad que se tenga de tratar temas de su cultura patrimonial y tradicional desde la complejidad y no desde la glorificación y la solemnidad.**

Cuando las personas encargadas de elaborar políticas de memorialización públicas o quienes ocupan puestos en la dirección de los museos que conservan los bienes patrimoniales tienen conciencia del pasado colonial que albergan sus calles e instituciones casi siempre nos plantean la misma pregunta. ¿Y qué hacemos ahora? ¿Derrumbamos las estatuas? ¿Destruimos los retratos de esclavistas de los museos? ¿Cómo gestionamos un pasado que lleva tanta carga de violencia y muerte?

Es curioso cómo el pensamiento colonial occidental corre enseguida a temer por la destrucción de la materialidad del objeto cuando en mi opinión ya toda la discusión y el debate son signo de un cambio. Temen que desaparezca la estatua, la pieza de la colección o el monumento pues siguen una mentalidad en la que el objeto es ese tótem de perfección que se corresponde con un valor real desde el

punto de vista patrimonial o de mercado, cuando ya el pensamiento decolonial nos dice que de nada vale el objeto desconectado de sus ritos colectivos, de sus valores, y de su comunidad. Ya sea que se trate de una decisión institucional o de un acto de protesta colectiva tenemos que recordar que la única estatua de un esclavista retirada del espacio público en España es la de Antonio López, marqués de Comillas, la cuál no se destruyó, solo se guardó en los almacenes del Ayuntamiento.

Cuando las activistas e investigadoras decoloniales hablan de restitución y de reparación también están cuestionando la mirada eurocéntrica con que se ha construido el mundo y las políticas de memorialización. El pensamiento decolonial cuestiona la mirada y como se ha construido el saber. Cuestiona las lógicas que hay detrás de coleccionar, de erigir monumentos y de salvaguardarlos. Es por eso que **cuando nos referimos a la descolonización recalcamos que no se trata de cumplir con un protocolo o hacer un cambio meramente estético, sino de lograr un cambio político** avalado por una energía del descontento de los sujetos subalternizados que se levantan del letargo después de una larga historia de dominación.

Continuar celebrando a los hombres que actuaron en la expansión de los imperios y en las empresas de violencia y esclavización, nos hace perpetuar un legado que, por el contrario, es necesario desafiar. Denunciar la exhibición de objetos y estatuas como trofeos o propaganda colonial lleva muchas veces a que la primera respuesta instintiva sea la de articular argumentos defensivos propios de un sistema diseñado para hablar desde el eurocentrismo y la mirada occidental. Este "defensivismo" se debe a que todas pasamos por un sistema de educación eurocéntrica que encumbra los supuestos "logros" de la civilización occidental y no espera críticas negativas a todo este proceso. De ahí que instintivamente, muchas personas intenten encontrar argumentos de defensa a través de insistir en que se trata de algo "del pasado", que se nos acuse de presentismo histórico (esto era algo normal en tal época), se hable de la supuesta universalidad de la historia o de otros momentos del devenir de "la humanidad" donde culpar a otras culturas/imperios/identidades de un comportamiento similar.

Creo que esta actitud defensiva no ayuda en nada, como tampoco el remordimiento y la culpa. Lo que sí se puede hacer es desafiar un legado de desigualdad que sea capaz de subvertir o desmontar el sistema de privilegios creado.

© 2025, els Autors i Fundació Sentit Comú
Aquesta obra està sota una llicència Creative Commons
Reconeixement-NoComercial 4.0 Internacional
(CC BY-NC-Nd 4.0).

Es pot copiar, distribuir, comunicar públicament,
traduir i modificar, sempre que sigui per a fins
no comercials i es reconegui i acrediti la seva autoria.

https://fundaciosentitcomu.cat/publica-digital/

Ilustración, diseño y maquetación: Beatriz Simón
Publicado por Fundació Senti Comú
Diseño web y maquetación: Elia Gran

Con la colaboración de: